

Gaceta

ILUSTRADA

N.º 593 / 18 febrero 1968 / 15 ptas.

Doña Victoria Eugenia

HISTORIA DE UNA REINA

ORIANA FALLACI

en el infierno de VIETNAM

**POR QUÉ SE QUEMAN
LOS BONZOS**

Escribe

JOHN DOS PASSOS

Alaska,
reino del hielo



DOÑA



VICTORIA EUGENIA

HISTORIA DE UNA REINA

Texto: Marino Gómez Santos

La Reina que recorrió las calles de Madrid en carroza y fue aclamada por el pueblo ha regresado a España después de treinta y siete años, en avión a reacción. Los nietos de aquellos madrileños que la vieron pasar, con su deslumbrante hermosura juvenil, desde un balcón de la calle Mayor, han acudido ahora al aeropuerto de Barajas. La fotografía amarillenta del álbum, o la página de revista en papel «cuché», con versos de salutación de Amado Nervo, aparece superpuesta por el reportaje gráfico tomado con «flash», junto a las noticias de la guerra del Vietnam.

La reina Victoria Eugenia ha vivido cinco días en Madrid en el Palacio de Liria, de los duques de Alba, donde murió su madrina la emperatriz Eugenia. Pero ahora, desde sus habitaciones, contemplaría un Madrid con rascacielos y antenas de televisión, imágenes que también en su memoria aparecerían superpuestas a las de otro Madrid con otros desmontes y pregones. SIGUE



**Victoria, por su abuela la reina de Inglaterra;
Eugenia, por su madrina la Emperatriz;
Julia, por su abuela paterna, princesa de Battenberg**



Dos de sus hermanos nacieron en el castillo de Windsor; la princesa Ena Victoria Eugenia de Battenberg y un hermano menor, en Balmoral, lugar donde se hallaba la Corte de Inglaterra en aquel momento.

Fue bautizada el 23 de noviembre de 1887. Se llama Victoria, por su abuela la Reina de Inglaterra; Eugenia, por la Emperatriz de los franceses, que la amadrinaba; Julia, por su abuela paterna; Eva, como la eterna gobernadora del mundo. La reina Victoria de Inglaterra expresó su deseo de tener en sus brazos, durante la ceremonia del bautizo, a su nieta más joven, que hacía el número 32.

La que iba a ser Reina de España vivió su niñez en la Corte de Inglaterra y en la isla de Wight. El rey Eduardo, su tío, quiso que se presentara en sociedad en Buckingham Palace.

La reina Victoria de Inglaterra murió el 22 de enero de 1901, cuando su nieta menor, la princesa Ena, tenía catorce años.

Era muy niña la princesa Ena cuando su padre —que había pasado una temporada en Sevilla— le llevó un abanico de España.

El rey de España busca novia

En la primavera de 1905, el rey don Alfonso XIII realiza un viaje por las principales capitales de Europa. La Prensa dijo que el objeto era conocer a sus jefes de Estado; pero la realidad era que el Rey de diecinueve años buscaba novia. Así lo apunta Azorin, enviado especial de «A B C»: «Londres cree que el viaje de Alfonso XIII es un viaje matrimonial». Otro corresponsal español señaló: «La princesa Patricia de Connaught es considerada aquí por todos como la futura Reina de España».

El rey Eduardo y la reina Alejandra ofrecen una comida a don Alfonso XIII en el palacio de Buckingham. Allí conoce a la princesa

Ena. «El Rey —nos dice doña Victoria Eugenia— me hizo una corte muy rápida, pues se veía que yo le había gustado. Su visita a Londres no me había preocupado, porque creía que había ido a ver a mi prima Patricia.»

Sigue don Alfonso su viaje por las Cortes de Alemania y Austria obedeciendo los deseos de su madre. «Cuando llegó a Madrid —nos dice la Reina— aseguró que seguía pensando igual: que yo le había gustado. Fue cuando escribió al rey Eduardo y a mi madre.»

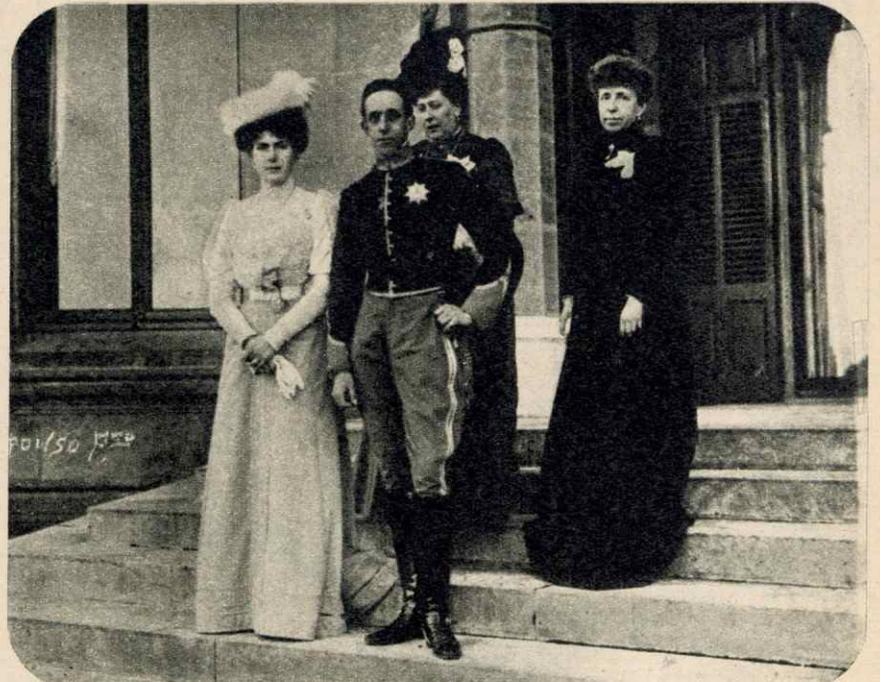
En el mes de enero de 1906 se celebran las entrevistas de don Alfonso XIII con la princesa Ena de Battenberg y con su madre la princesa Beatriz, en la «Villa Mouriscot», de Biarritz, adonde acuden invitados por la princesa Federica de Hannover. El 25 de enero el Rey envía desde el palacio de Miramar, en San Sebastián, un telegrama a su madre la reina Cristina: «Me he comprometido con Ena. Abrazos. Alfonso».

Aquella primavera fueron muy frecuentes los viajes del Rey a Biarritz. Se le veía diariamente cruzar la frontera solo, conduciendo su automóvil.

El 7 de marzo de 1906, la princesa Ena de Battenberg abraza la religión católica. La ceremonia se celebra en la capilla del palacio de Miramar. El Rey de Inglaterra llegó a San Sebastián en automóvil «conducido por el ingeniero chauffeur».

En el Consejo de Ministros celebrado el 11 de marzo, don Segismundo Moret comunica oficialmente la noticia de la próxima boda del Rey con la princesa Victoria Eugenia de Battenberg y encarga al Consejo, en nombre de Su Majestad, que la ponga en conocimiento de las Cortes.

Los periódicos publican la fecha de la boda: 31 de mayo, con objeto de que los Príncipes de Gales puedan asistir después a la coronación del Rey de Noruega.



En la escalinata de la entrada a la «Villa Mouriscot», de Biarritz, aparecen la princesa Victoria Eugenia, Alfonso XIII y la reina madre, doña María Cristina; invitados por la princesa Federica de Hannover, celebran en esta villa las entrevistas previas a la comunicación que efectuará don Alfonso el día 25 de enero de 1906: «Me he comprometido con Ena. Abrazos. Alfonso». La foto fue hecha el día de la petición de mano.

Ena Victoria Eugenia de Battenberg, aparece aquí en brazos de su padre, Enrique, hijo a su vez de la condesa Julia Hanke y del príncipe Alejandro de Hesse. Enrique contrajo matrimonio con la princesa Beatriz, hija menor de la reina Victoria de Inglaterra, y madre de Victoria Eugenia.

En el Palacio del Pardo todo está dispuesto para recibir a la Princesa y a sus acompañantes.

—Llegué a España el día 25 de mayo. El Rey me fue a esperar a Irún. De manera que vinimos juntos en el tren —recuerda la reina Victoria.

Madrid se llena de gente

Los príncipes extranjeros que asisten a la boda del Rey se hospedan en casa de los Grandes de España, pues en aquel tiempo Madrid carecía de grandes hoteles. Además, la capital se llenó de gente de todas las provincias, que acudió para presenciar el paso del cortejo nupcial.

Los periódicos publican con detalle el «trousseau» de la Reina: «Blusa de Guipure iris; traje de foulard rosa; blusa ninón de seda; traje yachting; vestigo de gasa de seda color verde nilo; "coat" de Guipure iris».

Los regalos de boda recibidos por la princesa Victoria Eugenia en el palacio de Kensington alcanzaron un valor —al decir de la Prensa francesa— de veinte millones de francos.

La víspera de la boda corrió por Madrid el rumor de que se preparaba un atentado contra la vida del Rey. Como se aseguraba que si éste se realizaba sería en la iglesia de los Jerónimos, durante la noche duermen en el templo varios agentes de policía y se revisan las quince tribunas para invitados, para lo cual se encienden las 2.500 lámparas, que representan aproximadamente 20.000 bujías, para recorrer la iglesia minuciosamente registrando todos sus rincones.

Había acudido a Madrid el personal más experto de las policías francesa, alemana, inglesa e italiana. La policía española tuvo y estudió las fotografías de los más conocidos anarquistas europeos.

El manto que lució en su boda la

reina Victoria Eugenia había pertenecido a Isabel II.

—Era blanco —nos dijo doña Victoria—, todo de encaje. Muy rico; pero blanco, blanco. Como el de todas las novias. Solamente que el mío era enorme, larguísimo. Entonces hubo que alargarlo porque la reina Isabel era pequeña y, además, lo había mandado hacer para lucir desde la cintura. La reina Cristina quiso que el mío partiese desde abajo de los brazos, dejando éstos al aire. Claro, de esta manera hacia la figura más esbelta, pero el arreglo me costó muchísimo dinero.

El día de su boda, la reina Victoria Eugenia lucía las siguientes joyas: un hilo de brillantes, regalo del Rey; una diadema, con las tres flores de lis. Un broche que tenía la «Peregrina», perla que Felipe II compró para Isabel de Valois y que varias reinas de España han tenido después.

Formaban en el cortejo nupcial 19 carrozas de palacio, con la familia real, príncipes extranjeros y séquitos, además de 22 pertenecientes a los Grandes de España.

Los caballos, perfectamente domados, pasaron de los cuatrocientos.

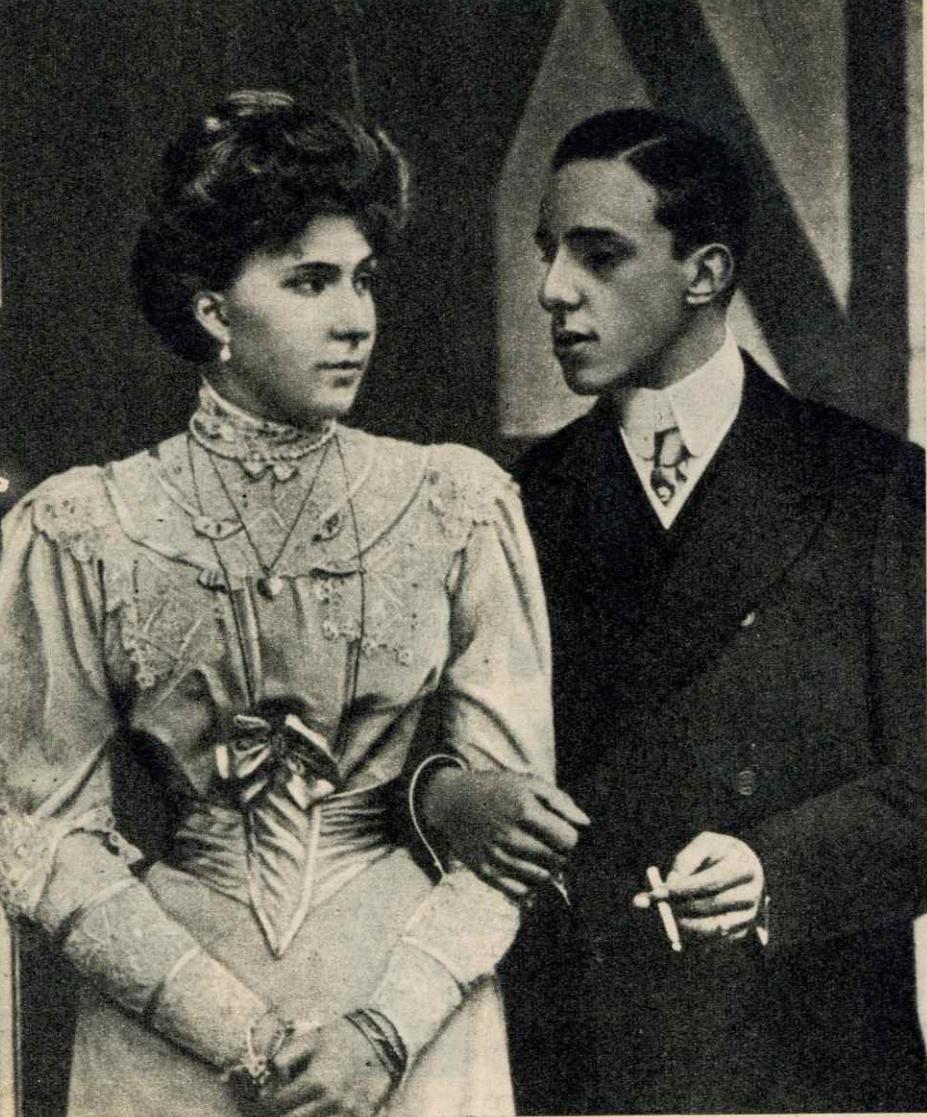
Para que la Reina luciera su figura y su traje de novia, se construyó la escalinata de piedra de la iglesia de los Jerónimos, por la calle de Ruiz de Alarcón.

Los padrinos de boda fueron la reina Cristina y el infante don Carlos.

En la calle Mayor

Los cronistas de sociedad, y los que no lo eran, colaboraron en la información periodística de la boda en la iglesia y del cortejo deslumbrante que recorrió las calles de Madrid. Lo que no esperaban era que sus crónicas iban a publicarse con salpicaduras de sangre.

Al llegar la carroza de los reyes al número 88 de la calle Mayor, frente a la de San Nicolás, don



Selección de fotografías históricas, de diversos acontecimientos felices en la vida de la Reina: la foto grande de la izquierda es la oficial del compromiso del Rey; arriba, doña Victoria Eugenia con su vestido de novia; a la izquierda, con el Príncipe de Asturias, muerto en Miami en 1938. Sobre estas líneas, la Reina con el Príncipe de Asturias, el infante don Jaime y las infantas doña Beatriz y doña Cristina, de primera comunión.

Alfonso dijo a la Reina, mientras se asomaba a la ventanilla: «No me explico. Seguramente esta parada es causada por los que se apean en Palacio. Dentro de unos momentos estaremos en casa».

El testimonio directo de la Reina es como un aguafuerte goyesco:

—El Rey no me dijo una palabra del anónimo que había recibido aquella mañana, antes de salir de Palacio para la iglesia; pero cuando empezaron a tirar flores en la calle Mayor —me hablaba en francés, porque yo no hablaba español, y él no hablaba inglés; así es que el francés era nuestra lengua—, me dijo: «J'ai défendu de jeter des fleurs. Maintenant il n'y a plus de danger». (He prohibido arrojar flores. Ahora no hay peligro.) Pero antes de que yo pudiera preguntar: «Quel danger?... es cuando ocurrió la explosión».

—¿Creyó Vuestra Majestad, en el primer momento, que se trataba de una bomba?

—Verás... El Rey, un poco exagerado, como todos los novios españoles, me dijo que para que todo Madrid supiera cuándo éramos ya marido y mujer, iba a haber unas salvas y que quizás éstas romperían algunos cristales. Detesto los tiros y los ruidos. Pasó un momento, y como no se producían las salvas de artillería, me dije: «Nada, se han olvidado. ¡Gracias a Dios!» No me dio tiempo a preguntar al Rey a qué peligro se refería, porque me encontré dentro de una nube negra y comencé a oír gritos. Entonces comprendí que algo terrible había pasado. Para tener más libertad había tirado mi manto en el asiento de enfrente y las ventanas de la carroza iban abiertas. El pobre lacayo que marchaba al lado fue muerto en la explosión y la sangre de su cabeza cayó sobre mi manto. El Rey creyó en el primer momento que yo estaba herida; pero no.

Los ocho caballos tordos que llevan el carruaje ocupado por los reyes se espantan. Uno de ellos cae

violentamente al suelo, muerto, al tiempo que arroja una ola de sangre.

La carroza de la Corona queda vencida del lado derecho y el cochero es despedido del pescante.

El Rey se asoma a la ventanilla para calmar a la gente que grita en medio de la confusión.

«No se asusten... Estamos ilesos —dijo—. Y al reconocer entre el público al doctor Cervera, que se encontraba a pocos pasos del lugar del atentado: «No me ha pasado nada, doctor. Ni la Reina ni yo hemos sufrido daño alguno.»

El conde de Grove y el caballero de servicio, conde de Fuenteblanca, se acercan, visiblemente pálidos, a la carroza real: «Señor, es imposible seguir. Uno de los caballos está muerto y los demás, heridos».

El Rey, con evidente presencia de ánimo, responde: «Abrid la puerta, entonces; que acerquen el coche de respeto y comunicad a la Reina Madre y a la princesa Beatriz que nada ha ocurrido».

La Reina, al advertir que el caballero había sido alcanzado por un cascote de la bomba, se dirigió a él con voz débil: «Antes que de nosotros, ocúpese de sí mismo. Está usted herido».

«Gajes del oficio»

Entre la cantidad de cosas que ocurrieron, como consecuencia del atentado a los Reyes, podemos referir la del lacayo Bellver, a quien la bomba le causó sólo rasguños en la cara; pero fue tal su impresión que en cuarenta y ocho horas se le puso el pelo blanco.

En Palacio la explosión fue un sonido bronco, seco y poco aparatoso. La infanta Paz creyó que era «un andamio que se había desprendido».

Las personas que aguardaban la llegada de los reyes en Palacio, al

oir una fuerte detonación, creyeron que empezaban las salvas.

Pero al no ver llegar ningún carruaje empezaron a formarse grupos y algunas personas bajaron a la Plaza de la Armería, para asomarse a la calle. Un oficial de caballería salió a galope tendido y detrás un correo de gabinete. Este volvió en seguida, exclamando: «¡Los reyes están a salvo!... ¡Una bomba en la calle Mayor!»

Al llegar momentos después la carroza de los reyes a Palacio, don Alfonso comienza a subir la escalera despacio. Lleva a la Reina ceñida ligeramente por la espalda, con el cuidado de quien tiene en las manos una porcelana, al tiempo que la anima con palabras cariñosas.

Las infantas doña Paz y doña Eulalia salen al encuentro, visiblemente alarmadas.

—¿Qué ha pasado?

—¡Bah! —responde el Rey—. Los consabidos gajes del oficio. Un anarquista..., nada. Veamos quiénes han sido los heridos —agrega después, volviéndose a uno de sus ayudantes— y que se les atienda bien. Lo único que siento son los muertos, los heridos. ¡Pobres víctimas!»

De los heridos conducidos a la farmacia militar, dos soldados del regimiento Wad-Ras número 50 estaban muertos, con el pecho, las piernas y la cabeza completamente destrozados; un teniente primero del regimiento, también muerto; dos palafreneros, heridos, uno de ellos llamado José Tripaf; el cochero que conducía la carroza regia, herido en el maxilar izquierdo; una muchacha, como de dieciséis años de edad, con las piernas completamente destrozadas; un corneta del regimiento Wad-Ras, llamado José García, con erosiones en la región tibial y en los muslos.

El conde Grove llegó a Palacio con el uniforme manchado de polvo, desgarrado por varios sitios y con todas las condecoraciones desprendidas.

Los cronistas dieron la cifra de veintiocho muertos, más veinte personas, aproximadamente, que perdieron la vista. Sólo en la casa de socorro del distrito del Centro fueron asistidos 33 heridos y casi otros tantos en los distritos de Palacio y la Latina.

El palafrenero Francisco López, que iba en la carroza real, falleció en el momento de la explosión, así como otro compañero llamado Basilio, que llegó en gravísimo estado al Hospital de la Princesa, donde falleció a las diez de la noche.

En la casa de la calle Mayor, desde cuyos balcones fue arrojada la bomba, las desgracias tuvieron carácter apocalíptico.

¿Quién es Mateo Morral?

Morral huyó precipitadamente; pero su equipaje había quedado en el cuarto de la casa de huéspedes. La policía encontró una maleta de piel, lujosísima; dentro estaba el estuche de aseo y un traje. En una percha, varias camisas, cuellos y puños de color, un gabán, un chaquetón y un traje, con la particularidad de que habían sido arrancadas las etiquetas de los sastres que confeccionaron estas prendas.

En la misma percha se encontró el paraguas y el sombrero que solía usar Morral. La policía informó en seguida que el anarquista llevaba en el momento de su huida un sombrero de los llamados «frégoli».

Dentro del armario había ropa blanca, la cual, así como los pañuelos, tenían bordadas las iniciales M. M. R. En el mismo cajón se encontraba un plano de Madrid y dos guías de turismo, una francesa y otra en español.

Sobre la mesa y cerca del balcón, el anarquista dejó un puchero con agua, una jeringuilla de cristal y dos pañuelos con manchas de sangre.

Morral había llegado a Madrid en el tren de Barcelona en día 21 de mayo, dirigiéndose desde la es-

SIGUE

El Infante, hijo de don Juan Carlos y doña Sofía, en brazos de la Reina recibió los nombres de Felipe Juan Pablo Alfonso de Todos los Santos



Don Juan, Conde de Barcelona, saluda a su madre al pisar, ésta, tierra española tras treinta y siete de ausencia; la reina Victoria Eugenia saluda a cuantos acudieron al aeropuerto de Barajas y, bajo estas líneas, con su bisnieto, el infante don Felipe, ante la pila del bautismo en que el hijo de don Juan Carlos y doña Sofía recibiría el sacramento.



tación al hotel Iberia, en la calle del Arenal. Ocupó el cuarto número 27, mostrando su desagrado porque éste tuviese un balcón a la calle de Tetuán.

Su aspecto era humilde, aunque la maleta que llevaba fuera lujosa.

Ajustó el pupilaje en 15 pesetas diarias, incluyendo la manutención, entregó un billete de quinientas pesetas para pagar cuatro días adelantados, por deseo propio.

El día 24 pensó en cambiar de residencia y pidió que le dejaran la maleta en la portería. En el registro de viajeros figuraba su nombre verdadero.

Por los anuncios de los periódicos se entera de que en el número 88 de la calle Mayor se alquilan habitaciones. Toma allí un cuarto, que luego cambia por otro que se hallaba enfrente de la escalera.

Su vida no podía dar lugar a sospechas de ningún género. Sólo cuando le dijeron que si tenía inconveniente en que alguien presenciase desde su cuarto el paso de la comitiva —ya que disponía de un balcón para él solo— se disculpó diciendo que era lástima que no se lo hubiesen dicho antes, pues se había comprometido con unos amigos.

Desde el primer día declaró Morral a la dueña de la casa, doña Ana Álvarez Barbander, que le gustaban mucho las flores y que le agradecía que éstas no faltasen en su cuarto. Doña Ana encargaba diariamente tres ramos a la florista que tenía su puesto en el atrio de la iglesia de Santa María, frente al número 88 de la calle Mayor. El huésped se ocupó de forrar tres pucheros con papel de color y de distribuir en ellos las flores.

El día de las bodas reales el anarquista se levantó a la hora de costumbre e hizo llamar a doña Ana: «He pasado muy mala noche —le dijo— a causa de mi padecimiento de estómago. Le agradecería que me trajese bicarbonato y procure que nadie me moleste, porque deseo tranquilidad. ¡Qué lástima, no voy a poder disfrutar del espectáculo!»

Parece que la tranquilidad que deseaba Morral aquella mañana la necesitaba para preparar la máquina infernal sin que nadie pudiese interrumpirle o sorprenderle. Una vez que arrojó la bomba, envuelta en uno de los ramos de rosas de color pálido que adornaban su cuarto, salió a la escalera; confundido con los vecinos que bajaban alarmados, llegó a la calle.

Morral llegó a pie hasta Torrejón. Allí preguntó al jefe de estación si pasaría pronto un tren para Barcelona. Entonces se dirigió al Ventorro de los Jaraíces, situado a dos kilómetros, en la carretera de Aljivir a Extremadura.

En el ventorro pidió Morral una tortilla a la francesa de tres huevos, así como un pedazo de bacalao frito. A Fermina Treissa, la ventera, le sorprendió el aspecto del cliente, con las manos finas, blancas y cuidadas, contrastando con el aspecto proletario de su ropa, las alpargatas nuevas y la gorra de sarga negra con visera de charol.

Mientras comía preguntó Morral a la ventera si era cierto que la Guardia Civil perseguía a los catalanes al tomar los trenes, porque él pensaba dirigirse a Zaragoza y era catalán.

La ventera estaba sola en aquel momento, pero pronto pudo mandar recado a su marido, al sospechar del visitante.

Genaro Chamorro, el ventero, llegó en seguida y comenzó a hablar con Morral del atentado. Fermina dijo: «Al salvaje que hizo eso habría que retorcerle las carnes con pinzas». Mateo Morral no pudo disimular su turbación.

Al poco llegó el guarda jurado del soto de Aldovea, llamado Fructuoso Vega, hombre conocido en aquellos contornos por su valor personal. A este y a otros vecinos de Torrejón, conocidos por los apodos de «Pinilla» y «Pacholas», les convidó Morral a una jarra de vino.

El guarda jurado dijo: «A todo el que lleve los dedos heridos habría que prenderle». Morral se puso en pie bruscamente y contestó,

mientras se quitaba los trapos que vendaban su mano: «¡Eso es una barbaridad, porque se puede tener herido algún dedo, como yo, y ser inocente!»

Morral dijo que iba a seguir el curso del río hasta Alcalá de Henares. El ventero pretextó el tener que herrar una mula, cuando lo que pensaba era dirigirse a Torrejón para avisar a la Guardia Civil. Fue entonces cuando el guarda jurado comenzó a leer en voz alta las noticias de los periódicos de Madrid, relacionadas con el atentado de la calle Mayor, mientras Morral daba muestras de turbación y angustia. «Es inútil que disimule, pues yo estoy seguro de que usted es el autor del atentado», declaró abiertamente Fructuoso Vega, invitando a Morral a que le siguiera en calidad de detenido.

Poco después se oyó una detonación. Se pensó que Fructuoso había utilizado su carabina de guarda jurado para terminar con el anarquista. Pero en realidad era que Morral había sacado una pistola «Browning» y, sin que Fructuoso lo advirtiera, le disparó a bocarrajo, dejándole muerto en el acto.

Morral intentó huir, pero al descubrir a varios jornaleros que volvían del trabajo, cambió de dirección y corrió hacia el río. Estuvo indeciso en la orilla unos instantes y luego se disparó un tiro en el pecho. Dio varios pasos atrás y cayó sobre el césped.

Se supo que Morral era hijo de un fabricante de tejidos de Sabadell, que había estudiado en el extranjero y que cuando regresó de Alemania se le observó un carácter ácido y extraño que llegó a perturbar la paz familiar. Algunas personas aseguran que los disgustos fueron motivados por cuestiones de intereses.

Su padre, entonces, le recomendó que saliera de viaje como comisionista de los artículos que fabricaba; más tarde se supo que Morral aprovechó estos viajes para enlazar con elementos anarquistas, a los cuales llegó a prestar dinero.

Los disgustos familiares fueron

en aumento, hasta el punto de que su padre le arrojó de casa, entregándole el importe de su legítima, que ascendía a cien mil pesetas.

Morral se trasladó a Barcelona. Allí vivió como profesor de idiomas. Su vida era ordenada y hasta se le creyó tuberculoso en los distintos domicilios que tuvo. Después entró a trabajar en la editorial titulada «Escuela Moderna», dirigida por Ferrer.

Se supo que Morral tenía una amante en Barcelona, de nacionalidad francesa, así como que figuraba mucho en los centros anarquistas, en los cuales había pronunciado conferencias.

Entre las fuentes de San Ildefonso

Las fiestas, con motivo de las bodas reales, tocan a su fin al comenzar la segunda semana del mes de junio y los reyes se trasladan a La Granja, donde permanecen más de un mes hasta que se trasladan a San Sebastián.

Los cronistas madrileños destacados en La Granja informan diariamente de la jornada de los reyes. Don Alfonso ha de interrumpir con repetida frecuencia su luna de miel, como por ejemplo para presidir el Consejo de Ministros. «La excursión —escribe un corresponsal— es un motivo para almorzar en el Palacio de Oriente con la reina María Cristina y cronometrar el tiempo que invierte de La Granja a Madrid conduciendo su «Panhard» de 60 caballos. El «récord» es importante, pues invierte una hora y cuarto, con una velocidad media de cien kilómetros a la hora.»

Al fin, muchachos jóvenes y enamorados, se saltan a la torera la etiqueta palatina y salen a pasear solos por las calles del pueblo. Luego juegan al tenis, el Rey visita las caballerizas diariamente, monta sus caballos y realiza excursiones con la Reina. Continuamente son visitados por miembros de la familia real y por los políticos que lle-



La Reina sostiene en sus brazos al infante don Felipe; ya le han sido impuestos los nombres de Felipe Juan Pablo Alfonso de Todos los Santos; en la foto de la derecha, la Reina departe con Su Excelencia el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, que asistió a la ceremonia acompañado de su esposa.



gan a despachar con el Rey asuntos urgentes. Por la noche asisten a las funciones de teatro que organiza la colonia veraniega o a una novillada en la que participan los oficiales de Las Navas.

La luna de miel transcurre en medio de dos crisis de Gobierno.

El idioma y la gastronomía

—Yo era bastante «douée» para las lenguas —nos dice la reina Victoria—. Hablaba corrientemente el francés y el alemán. ¡No se tiene idea de la soledad de alma tan terrible que es el no entender una lengua!... ¡Es como estar sola en un país! Así, yo me tomaba el trabajo de aprender. A los que entendía mejor era al Rey y a la infanta María Teresa, porque hablaban un castellano puro, con la erre de verdad. El infante don Carlos, el infante don Fernando y la reina Cristina pronunciaban la erre un poco difuminada.

Tardó la Reina seis meses en comprender una conversación y algo más de un año en lanzarse a conversar.

—¿De quién aprendió más?

—Sin duda alguna, hablando con los criados de palacio.

La Reina conserva una memoria prodigiosa, de manera que recuerda muchos detalles de aquellos años.

—Poco tiempo antes de nacer mi hijo mayor, los médicos de aquella época no querían que fuese en automóvil y entonces salía en un «victoria» a tomar el aire. Una de aquellas mañanas observé que hacía mal tiempo, cuando paseaba por la Casa de Campo. Entonces le dije al cochero: «Búsqieme usted un sitio donde no sople el viento». ¡Aquello me pareció un esfuerzo tremendo! ¡No se me ha olvidado mi primera frase en castellano!

Parece ser que en palacio no solía haber cocina española.

—Únicamente había gazpacho todos los días en verano. A mí me encantaba. Tenía sed después de las audiencias y me abalanzaba so-

bre el gazpacho. Luego, una vez a la semana, cocido; pero disponíamos siempre de cocinero francés. En los últimos tiempos siguió con nosotros el que había estado de segundo con aquel «chef» extraordinario que fue Paul Maréchal. En la mesa, el Rey era muy carnívoro... ¡Uf..., muy carnívoro! Le encantaba la carne y detestaba las legumbres, la ensalada, las frutas. Le gustaban, eso sí, las fresas.

La Reina se queda pensativa.

—Parece que le veo: tomaba un trozo de carne, un poco de patata y luego un pedazo de pan. Típico, típico: muy español.

Las damas de la Corte

Doña María Cristina, que conservó el luto por la muerte de su esposo, don Alfonso XII, durante cuarenta y cuatro años, cerró los salones de palacio a toda actividad social y las luces no permanecieron encendidas, al decir de la infanta Eulalia, después de las diez y media de la noche. En resumen, que la vida de la corte, durante la Regencia de la reina María Cristina, se caracterizó por una gran severidad en las costumbres. Además hay que añadir la nota severa que daban a aquella corte de la Reina viuda sus damas de honor, todas ellas de edad avanzada y, en general, típicamente españolas en sus costumbres.

Estas aristocráticas damas, poseedoras del lazo rojo, demostraron una lealtad inquebrantable a través del tiempo. La marquesa viuda de Ayerbe había sido nombrada en el año 1850. Fue, por tanto, dama de Isabel II, de doña María de las Mercedes y de doña María Cristina; la duquesa de Fernán Núñez sirvió a cuatro reinas: a doña Isabel II, a doña María Victoria, esposa de Amadeo de Saboya, a doña Mercedes y a doña Cristina.

En el año en que se casó la princesa Ena con don Alfonso XIII quedaban aún varias damas de honor del tiempo de la reina Isabel II: la duquesa de Almodóvar

del Valle, la condesa viuda de Sevilla de Nueva y las condesas viudas de Toreno y de Torrejón.

No le faltaba razón al embajador del sultán de Marruecos cuando, después de haber ido a palacio para ser recibido por la reina Cristina, alguien le preguntó su impresión de la visita al Alcázar. La respuesta del sultán aún hoy se comenta: «El palacio, magnífico; la Reina, muy agraciada y de extraordinaria prestancia; el harén, flojito, flojito...»

En este ambiente no muy propicio para una joven reina enamorada, comenzó a vivir en la corte española doña Victoria Eugenia. Ella fue abriendo poco a poco las ventanas de palacio para que entrara en el frío alcázar la luz de Madrid:

En la plaza de Oriente, fuego en [los miradores, niños en cochecitos de burros con [banderas...

La vida familiar del palacio se humaniza desde la llegada de la reina Victoria. Ella establece los almuerzos íntimos en la corte, tan aficionada a las comidas solemnes y protocolarias. Todas las tardes toma el té con el Rey, como cualquier matrimonio de la burguesía inglesa, sin ayudantes de Su Majestad. Los dos solos aprovechan estos momentos para la conversación de familia.

El té, en aquella época de chocolate con picatostes y agua fresca del botijo con azucarillos, fue casi una revolución en la sociedad madrileña, que se debió a la influencia de la Reina.

Ninguna dama fumaba entonces cigarrillos y esta costumbre de doña Victoria fue criticada por la estrecha sociedad de aquel tiempo, hasta el punto de que don Alfonso le recomendó que no lo hiciera en público. Por esta razón, al no renunciar a este hábito tomado en la corte inglesa, solía retirarse al antepalco, en el Real y en otros teatros, como un estudiante que fuma a espaldas de sus mayores.

Los deportes tampoco se practi-

caban en la sociedad madrileña y la Reina —que era muy deportista, como asimismo lo era el Rey— comenzó a jugar al golf y a practicar la equitación.

Pero no era sólo el deporte lo que ocupaba a la Reina, sino también sus obras, todas ejemplares, como la fundación de la Escuela de Enfermeras de la Cruz Roja.

Los príncipes y las infantas

Ahora la Reina habla de la familia real.

—La infanta Eulalia era la que tenía más «charme», después de la reina Cristina. Tenía mucho, muchísimo encanto. Y era la más elegante. Claro que a la que yo quería más era a la infanta Isabel. ¡Esta era una mujer extraordinaria! Nunca se me olvidará: ¡pensar que cada 25 de mayo, la fecha en que llegué a España, ella me mandaba un ramo de flores y un pequeño recuercito! La infanta Eulalia estaba muy poco en España. Le divertía más París. En el tiempo en que yo me casé tenía una figura muy elegante y muy bonitas joyas.

El Príncipe de Asturias nació en el Palacio Real. Fue el presidente del Consejo de Ministros, don Antonio Maura, el encargado de comunicarlo a la Corte.

El Principado de Asturias no existe como título real hasta que don Juan I lo consigné en una cédula, fechada en Tordesillas, el 3 de marzo de 1444, cédula que fue definitivamente confirmada por Enrique IV, ordenando «que las villas e logares de Asturias de Oviedo, fuesen de mayorazgo para los Príncipes de Castilla e de León, así como hera e es el delfinazgo de Francia». El manuscrito original se conserva en el Archivo de Simancas.

El mismo día del nacimiento del Príncipe de Asturias el Rey firmó un decreto que fue publicado por la «Gaceta»: «Vengo en disponer que el Príncipe que, con el auxilio del Todopoderoso, ha dado a luz mi

SIGUE

LA ELECTRONICA AL SERVICIO DE SU LINEA: SIN REGIMEN...

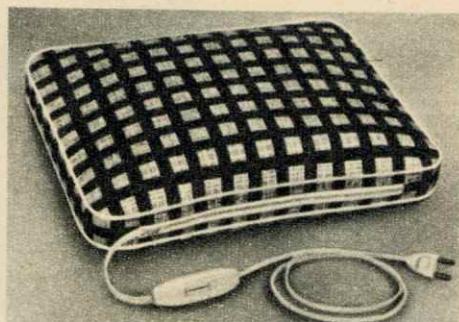
ADELGACE

JUSTO EN EL SITIO PRECISO!!

Ha decidido verdaderamente adelgazar? Si para conseguirlo, está usted debilitando su organismo con pildoras, drogas o dietas drásticas... STOP! NO PROSIGA!... y ABANDONE INMEDIATAMENTE esos viejos sistemas nocivos! ¿Por qué pasar hambre, rellenarse de pastillas o de ingredientes peligrosos para la salud, cuando es tan fácil adoptar el Cojín Vibrador Electrónico que representa para quien ha decidido verdaderamente adelgazar el medio más seguro, eficaz, saludable y económico... y, además, el menos peligroso?



EN TRES DIAS, TRES VECES 10 MINUTOS: 6 CMS. MENOS DE CINTURA! POR QUE NO PRUEBA TAMBIEN USTED?



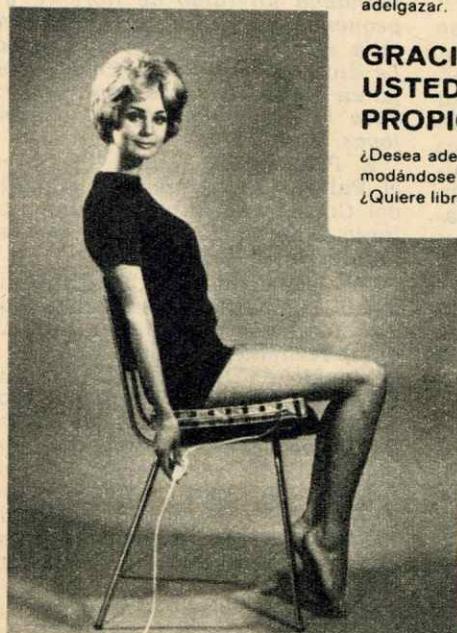
PIERDA PESO SOLO DONDE ES NECESARIO

El procedimiento es verdaderamente revolucionario porque permite adelgazar precisa y solamente donde es necesario, evitando los ejercicios físicos - fatigosos para quien no está acostumbrado a ellos - y los masajes manuales, largos, fastidiosos y dispendiosos. Y no digamos de los regímenes alimenticios que, desde luego, eliminan kilos, pero muy a menudo precisamente en los sitios donde no se deseaba...

Una mujer que ambiciona recuperar una cintura esbelta, no se sentirá satisfecha viendo al mismo tiempo que todo su seno se «evapora»... mientras otra que desea, por el contrario, reducir un seno demasiado voluminoso puede no necesitar adelgazar las caderas o los muslos. Este método que anula a los demás, ha sido realizado gracias a uno de los más recientes descubrimientos científicos: las vibraciones electrónicas, que permiten un masaje suave, pero mucho más eficaz y potente que el clásico masaje manual. Con sólo POCOS MINUTOS DE MASAJE VIBRATORIO, los tejidos se tonifican y reabsorben centímetro a centímetro las infiltraciones celulíticas y las acumulaciones de grasa, justo en el sitio donde se formaron. Partiendo de esta importante base, la técnica suiza ha creado un cojín vibrador electrónico que es, en potencia, «un verdadero masajista personal a domicilio». ¿Y por qué un cojín? Pues porque su forma se adapta perfectamente a cualquier parte del cuerpo que necesite un tratamiento para adelgazar.

GRACIAS AL COJIN VIBRADOR USTED SOLA "ESCUPIRA" SU PROPIO CUERPO

¿Desea adelgazar los hombros? Sirvase del Cojín, acomodándose en él, como lo hace sobre su almohada. ¿Quiere librarse de su sotabarba? Apoye ésta sobre el



SENTADA, PUEDE ADELGAZAR

ADELGACE MIENTRAS SE RELAJA



Cojín. Por el contrario, ¿son las nalgas y... la parte posterior del cuerpo la que le interesa disminuir? Entonces bastará con que se siente directamente sobre el Cojín (incluso vestida) mientras lee, cose o escucha un disco. Naturalmente, estos no son nada más que algunos ejemplos sobre las cien maneras diversas del uso del Cojín Vibrador Suizo. Esta novedad le permitirá remediar fácil y rápidamente todos los inconvenientes provocados por la adiposidad de los tejidos, la celulitis, etcétera, liberándola de cualquier complejo y haciéndole recuperar un cuerpo joven y armonioso. Senos demasiado voluminosos, cuello grueso, cintura deforme, vientre deformado por múltiples «rollos» de adiposidad o grasa, caderas exageradamente salientes...

son problemas que las vibraciones electrónicas resuelven SIN EL MINIMO ESFUERZO para usted, sin EL MAS PEQUEÑO PELIGRO y con resultados ultrarrápidos y seguros. De hecho, el Cojín Vibrador deshace la grasa superflua, actúa eficazmente sobre los tejidos adiposos, fortalece la piel, tonifica los músculos y devuelve en poco tiempo una silueta ideal. Si como miles de mujeres (y de hombres) que ya lo están utilizando en Suiza, Alemania, Francia, Italia e incluso en Estados Unidos, quiere también usted obtener un cuerpo perfecto y además conservarlo, recorte el Boletín de Prueba adjunto, remitiéndolo sin perder tiempo.

BENEFICIOS DEL COJIN VIBRADOR SUIZO

Gracias a las tres velocidades que permiten controlar la intensidad de las vibraciones, usted podrá obtener:

- Peso ideal
- Senos proporcionados
- Vientre plano
- Caderas perfectas
- Cuello armonioso
- Figura frágil
- Piernas esbeltas
- Tobillos finos
- Hombros seductores

A PRUEBA DURANTE 15 DIAS

El Cojín Vibrador Suizo está a su disposición en su propio domicilio a modo de PRESTAMO, para que pueda constatar su maravillosa eficacia. SIN COMPROMISO DE SU PARTE, realice sola (o solo) una experiencia fantástica!

15 DIAS DE PRUEBA EN SU PROPIA CASA
Sin riesgos, sin compromiso de su parte

Boletín V. CV. 61 2 Para expedir inmediatamente a:

MARVEN - Beauté Selection - Serv. C.V. - Av. José Antonio, 392 - Oficina n.º 4 - Barcelona-15

En calidad de lectora de este periódico, deseo constatar personalmente los beneficios que proporciona el Cojín Vibrador Suizo, aunque sin riesgo ni obligaciones por parte mía. Quisiera beneficiarme de la oferta de envío de su Cojín Vibrador Suizo para una prueba de 15 días. Queda bien entendido que esta prueba no me reporta ningún compromiso de compra.

Nombre _____ Ciudad o pueblo _____
Dirección _____ Provincia de _____

HISTORIA DE UNA REINA

La reina prolongó su estancia tras el bautizo, visitando diversos organismos y entidades, así como recorriendo las calles de Madrid; en todas partes fue recibida y saludada con vivas muestras de simpatía.

muy amada esposa, sea condecorado con el collar de la insigne Orden del Toisón de Oro y el de la real y distinguida Orden de Carlos III y con la Gran Cruz de la de Isabel la Católica; cuyas insignias le serán impuestas por mi tan luego como haya recibido el santo sacramento del bautismo. — Dado en palacio, a diez de mayo de mil novecientos siete. — ALFONSO. — El ministro de Estado, Manuel Allendesalazar.»

La historia del Príncipe de Asturias fue un capítulo triste. Enfermo desde su nacimiento, su vida transcurrió bajo la continua vigilancia médica. Salió hacia el exilio, acompañando a su augusta madre la reina Victoria, para lo cual tuvo que abandonar el lecho de enfermo, ayudado por su mecánico, que le trasladó en brazos hasta el automóvil que le aguardaba. El día 6 de septiembre de 1938 moría trágicamente en Miami, a consecuencia de un accidente de automóvil.

El segundo de los infantes, don Jaime, nació en La Granja el 23 de junio de 1908. Después de su presentación se hizo público el gesto de clemencia del Rey al conceder el indulto a un reo de muerte que había de ser ejecutado en Córdoba.

Contrajo matrimonio don Jaime en la iglesia de San Ignacio, de Roma, el 4 de marzo de 1935, con la condesa doña Manuela Dampierre.

El 22 de junio de 1909 la bandera del palacio de La Granja de San Ildefonso aparecía en el asta con la enseña blanca que indicaba el nacimiento de una Infanta, a quien se bautizaría con el nombre de Beatriz, en honor de su abuela materna. Actualmente vive en Roma, donde contrajo matrimonio el día 14 de enero de 1935, en la basílica de Santa María in Trastevere, con don Alejandro de Torlonia, príncipe de Civitella-Cesi.

Un año después la Reina dio a luz un hijo muerto. La noticia se le comunicó por telégrafo a don Alfonso, que se hallaba en Inglaterra para asistir a los funerales del rey Eduardo VII. El cadáver del Infante recién nacido fue trasladado a El Escorial.

El 12 de diciembre de 1911 nacía la infanta Cristina, que tiene su residencia en Roma, donde se casó con el conde de Marone.

El 20 de junio de 1913 nace, en el palacio de La Granja, el infante don Juan, conde de Barcelona, actual jefe de la casa real española.

El infante don Gonzalo nació el día 24 de octubre de 1914. Enfermo también como el Príncipe de Asturias, era muy inteligente. Estudió en la Escuela de Ingenieros de Lovaina y murió en Potschach (Suiza), el día 13 de agosto del año 1934, cuando aún le faltaban dos meses para cumplir veinte años. Iba en automóvil con su hermana la infanta Beatriz, cuando se atravesó en la carretera un ciclista borracho. Al frenar el coche, para no atropellarlo, don Gonzalo recibió un fuerte golpe en la cara, al precipitarse contra el parabrisas.



La última noche en palacio

En la conversación con la reina Victoria Eugenia nos parece violento hablar de la última noche en palacio. Pero es Su Majestad quien lo recuerda:

—Yo tuve que pasar la noche en palacio, justamente para sacar varias cosas que interesaban al Rey. Mis propias cosas las tenía ya embaladas; pero algunos objetos, como bibelots y así, es curioso, yo los veía y los miraba... ¡con una indiferencia!

—¿Vio Vuestra Majestad acercarse a la gente de la calle para poner la bandera republicana en palacio?

—No; yo oía solamente los gritos, que se recrudescían por momentos.

La reina Victoria, al anocheecer, comenzó los preparativos para recoger objetos personales.

—Las joyas las tenía yo en mi cuarto y podía disponer de ellas en cualquier momento; pero debía recoger las de la reina Cristina, pues el Rey me había encargado que las sacase, y había que hacerlo durante la noche aquella. Yo misma las llevé a París para entregárselas.

—¿Cuándo comunicó el Rey a Vuestra Majestad que se iba?

—El Rey me comunicó, a las cinco de la tarde, que se iba a las ocho. Quería que cenásemos aquella noche solos, en el cuarto donde tomábamos siempre el té. Allí comimos los dos, casi en silencio, y nos dijimos adiós, no sabiendo si volveríamos a vernos. Porque yo no tenía la menor idea de adónde iba.

Acompañaban a la Reina y a los Infantes, además de lady Carisbrooke —que había sido sometida a una operación quirúrgica, días antes, por el doctor Luque—, la duquesa de la Victoria, la condesa del Puerto, la duquesa de Lécera y algunas damas y amigos más.

—A las cinco de la mañana —recuerda la reina Victoria—, una de mis damas entró para decirme que estaba un amigo del Rey —justamente un tío de la señora de Rich, Joaquín Santos Suárez—, que tenía absoluta necesidad de hablarme. ¡Bueno!... Me puse una bata y salí de mi «boudoir». Entró al instante ese señor y me dijo: «Estamos en plena revolución». Era imposible, según aseguraba, que fuéramos a la estación, de manera que deberíamos salir por la puerta incógnita y desde allí, a la carretera, para tomar el tren en El Escorial. Insistió en que, si no lo hacíamos así, correrían peligro nuestras vidas. Las calles de Madrid, en plena revolución, estaban llenas de gente que esperaban la llegada de «sus héroes».

A las siete de la mañana, el capellán Urriza dijo misa en palacio, ayudado por el infante don Gonzalo, a la que asistió la Reina con todas las personas que habían pasado la noche en palacio.

Después del desayuno, la Reina se despidió de la servidumbre de palacio: ayudas de cámara, mozos de comedor, amas de llaves...

Mientras terminaba su «toilette» —vestido azul y sombrero de via-

je— la reina seguía oyendo los gritos de aquella gran masa humana que marchaba hacia la Estación del Norte.

—A las ocho de la mañana me fui con mis hijos hacia El Escorial, en distintos coches. Los «chauffeurs» iban sin librea y con boina.

Antes de subir al automóvil, recomendó la Reina a una de sus damas que había acudido a despedirla: «Cuida de mi Cruz Roja».

Algunas personas que habían llegado desde Madrid a la estación de El Escorial por carretera, para despedir a la Reina y a los Infantes, regresaron a Galapagar al saber que la familia real se había detenido allí.

—A muchos que querían seguirme, yo les dije, insistentemente, junto a aquella peña de Galapagar: «¡Es mejor que se vuelvan, porque no sabemos en qué estado encontraremos la estación!» «¡No me sigan, por Dios!» «¡No me sigan más que los que van a ir conmigo!» Y así se hizo. El duque de Zaragoza llevaba el tren. Cuando llegamos a Avila se produjo una parada y vino aterrado para decirme que había que bajarse en seguida, porque salían llamas de los ejes de las ruedas. ¡La gente llorando y de rodillas porque me iba!... Luego subimos a un coche normal de viajeros y allí un hombre, que de muchacho había jugado conmigo, sobrino de una de mis tías que se casó con un inglés, el duque de Abrat, me dejó su sitio. Estaba viajando con su hijastro. ¡Mira lo que son las cosas! Porque yo no tenía sitio. Nos pusimos a atravesar la España ya republicana en un vagón con las armas reales. ¡Fíjate tú!... Tuvimos que abandonarlo a mitad de camino. Y menos mal que pudimos continuar el viaje en aquel otro tren, aunque de manera bastante incómoda. Porque mi chico mayor estaba enfermo, el pobre; lady Carisbrooke había sido operada unos días antes...

Colofón

Desde hace muchos años ya la reina Victoria Eugenia reside en «Vieille Fontaine», en Lausanne. Su vida suele discurrir por el siguiente orden: abandona el lecho a las siete y media de la mañana y toma su primera taza de té. Después de la «toilette», hace su gimnasia; a las ocho, invariablemente, escucha las noticias internacionales que transmite la radio; a las nueve, desayuna.

Gusta despachar personalmente la correspondencia, que suele ser numerosa, y que la Reina contesta en español, en inglés, en francés, en alemán y en italiano.

Si hace buen tiempo, a las diez sale a la calle y pasea por la orilla del Lago Lemán. Dos horas después suele estar de regreso para recibir alguna audiencia, y a la una de la tarde almuerza, bien en su residencia o fuera.

Algunas tardes se traslada a Ginebra para visitar a su hija la infanta Cristina y a sus nietas. Asiste a conferencias, conciertos o exposiciones de pintura, sobre todo si los artistas son españoles.

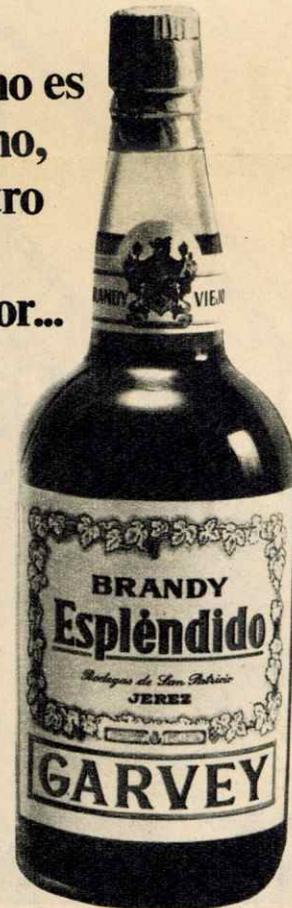
Muchas tardes, mientras hace labor de «petit point», la Reina piensa en la Casa de Campo, en los jardines de La Granja de San Ildefonso... Y en aquella mañana de Londres, cuando tenía dieciocho años y el rey don Alfonso XIII le preguntó al conocerla: «¿Colecciónas tarjetas postales?»

M. G. S.

cuando hay
dos juntos...
¡es
"Espléndido"!



si uno es
bueno,
el otro
es
mejor...



Garvey
JEREZ

¡SOLO GARVEY SUPERA A GARVEY!